

ranza, no teniendo ya á quien acudir ni de quien aguardar ningun auxilio, cayó en tal desesperacion, que algunos, segun se sabe de cierto, para poner fin á tantas crueldades y suplicios con la muerte, pues que no lo podian lograr miéntras viviesen, se arrojaron á la calle desde los puntos mas altos; otros se ahorcaron miserablemente; pero ni aun esto bastó para mitigar la rapacidad y la crueldad feroz de los soldados...

» Era en aquel tiempo extremadamente lastimosa la condicion del país, despedazado con grande impiedad por las tropas de los coaligados: estos, esperados al principio con suma alegría por los habitantes, habian conseguido, merced á sus robos y extorsiones, que se convirtiese en odio profundo tal benevolencia: Corruptela general de la milicia de nuestra época, que tomando ejemplo de los Españoles, hiere y destruye á amigos y enemigos; porque, si bien durante muchos siglos habia sido grande en Italia la licencia de los soldados, sin embargo, la aumentó infinitamente la infantería española, lo cual se debió á una causa, si no justa, á lo ménos necesaria, en atencion á que en todas las guerras de Italia estuvieron pagados pésimamente. Pero como los ejemplos, aunque tengan un principio excusable, imprimen siempre un movimiento que va de mal en peor, los soldados italianos (si bien no les asistía la misma necesidad, porque estaban bien pagados), imitando á los Españoles, empezaron á rivalizar con estos en excesos: así, con grande ignominia de la milicia del presente siglo, los soldados no distinguen ya al amigo del enemigo, y no ménos arruinan los pueblos y los países aquellos á quienes se les paga para que los defiendan, que aquellos que están pagados para ofenderles (1). »

24 julio. El castillo de Milan se vió obligado á capitular, á vista de los confederados, cuya lentitud no se desmintió un momento, salvándose á duras penas Francisco Esforcia. Siena, que se habia declarado á favor de la bandera imperial, no pudo ser tomada por los Florentinos, ni Génova por Andres Doria, almirante de la escuadra pontificia. Juan de Médicis, el Italiano mas valiente de aquella época, murió de una herida. Maquiavelo habia esperado verle, al frente de sus bandas negras, constituir un Estado independiente, arrojando á las extranjeros de Italia. Tales eran los hombres en quienes los Italianos estaban reducidos á contar para su emancipacion (2)!

(1) GUICCIARDINI, lib. XVII.

(2) Sobre el estado de los negocios en Italia en 1526 discurre bien el datario Chiberti en una carta á Don Miguel de Silva:

« Respondiendo á una vuestra, cuya fecha creo que es del 20 de marzo, os escribí el 24 de abril, que si no se habia extinguido toda virtud en los Franceses, y el rey de Francia cumpla lo que habia dicho, á saber, que se uniría con nosotros para libertar á la Italia y á sus hijos, y vengarse de las injurias de César, seríamos todavía hombres y cooperaríamos á ello, á fin de no vernos á discrecion del malísimo ánimo de César; por lo mismo, hemos continuado nuestras

Entretanto el condestable de Borbon, sin la menor consideracion respecto de un país que le habia sido prometido, imponia enormes contribuciones para pagar las tropas (1), á las que hacia mucho tiempo no satisfacía su haber el emperador, y que pedian con grandes gritos el saqueo de una opulenta ciudad. Clemente, asustado, prestó oído á las sugestiones de Hugo de Moncada, astuto embajador de Carlos y digno discípulo del duque de Valentinois, el cual le prometió ponerle en paz con el emperador y con los Colonna, que amenazaban entónces á la Santa Sede. Apénas el papa, engañado por esta astucia diplomática, trató con Lannoy, y despidió las tropas, cuando el cardenal Próspero Colonna, de acuerdo con Moncada, atacó á Roma y saqueó á Transtevere y el Vaticano (2). Clemente quiso armar al pue-

negociaciones hasta el punto de quedar concluida el 22 del pasado en Francia, donde estaban los mandatos, la liga entre nosotros, el rey de Francia, los Venecianos y el duque de Milan, dejando abierta la puerta al rey de Inglaterra durante tres meses para que entre en la confederacion, como tenemos por seguro que lo hará. La ida del virey á Francia ha estado á pique de romper nuestras negociaciones; pero á pesar de hallarse celebrados los contratos, no espero que el rey de Francia se decida tanto en nuestro favor que cese de negociar con España para obtener el rescate de sus hijos, si es cosa que puede arreglarse con dinero; habiendo tomado esta resolución, hemos empezado á obrar descubiertamente. Apretaremos diez mil infantes, igual número aprontarán los Venecianos; creemos que el obispo de Lodi nos traerá diez mil Suizos, el cual los tenia desde ántes ajustados, y ahora está allí con tal objeto; nosotros y los Venecianos les daremos la paga; y si estos no vienen, harémos de todos modos que bajen diez mil de aquella nacion. La ciudadela de Milan especialmente se halla reducida al último extremo; tambien la de Cremona padece bastante; espero que acudirémos con tiempo á su socorro. El pueblo de Milan está aun armado, y promete hacer maravillas si se acerca tropa en su ayuda. Los Españoles fortifican mucho á Lodi: creemos que querrán encerrarse allí y en Pavia: el asunto es caerles encima ántes de las cosechas, porque si ocupasen las tierras abastecidas, nos harian gastar sumas enormes. Los lansquenets carecen de dinero, y creemos que no teniendo los cesáreos medios de pagarles, se marcharán: los Españoles servirán aunque no les paguen. Os agradecerémos mucho que no les déis dinero; manteneos firme, y poned todo vuestro empeño en que no se le facilite ninguno. He sentido bastante ver por vuestra carta de primero del pasado que César envía á Italia 200,000 ducados obtenidos de vos; el único aviso que de ello tenemos es que buscaban cambios de 70,000, poco mas ó ménos, para Italia. Quisieramos, si es posible, quitarle á Génova, á fin de que no encontrase modo de remitirlos. Desearia que tratásemos ahora de llevar á cabo la empresa del reino; verémos *ut se inilia dant in Lombardia*... Si los Franceses se mantienen firmes, y creo que se mantendrán, harémos que César conozca cuánto pierde por haber sido tan ingrato para con Dios y los hombres: sin fuerza estoy seguro de que no podemos aguardar sino desastres: ningun caso de la sede apostólica, una sed infinita de reinar por *fas* ó por *nefas*, y tantos males, que espero en Dios no ha de sufrir mas tiempo tan gran desprecio de sus cosas. En cuanto á hacer á vuestro infante duque de Milan, véis que son sueños y quimeras: si llega á los oídos de Borbon tal rumor, no creo venga á Italia. Don Hugo habia salido de Francia el 23: vendrá con grandes promesas de evacuar á Milan y de hacer lo que queramos; pero estando ya descubiertos, no es tiempo de poderse fiar. Vuestras cartas no las ve nadie, excepto el papa; os escribiré, y vos tambien escribid: desde luego sabed que cuanto se haga en contra de César, principalmente no dándole dinero, nos favorece, etc. Pienso que si las cosas van bien en Italia, como es de esperar, César habrá de amansarse, y sintiendo en restituir al rey de Francia sus hijos, podrá celebrarse una paz mejor. Roma, á 10 de junio de 1526. »

(1) Condenó á muerte á Morone, y luego le perdonó mediante 20,000 ducados, tomándole por secretario y alma de sus consejos.

(2) Pablo Jove ha escrito de una manera pintoresca la vida del cardenal Próspero Colonna. Véase la ACLARACION C.

blo; pero este no acudió á la defensa de un papa que era la causa de sus males: y « no solo los frailes en los púlpitos, sino tambien varios ermitaños, iban por las plazas predicando el fin del mundo; entre ellos no faltaba quien persuadido de que era imposible ver tiempos peores, decia que el papa Clemente era el antecristo. » (VARCHI.) Habiéndose refugiado este en el castillo de Sant'Ángelo, tuvo que capitular con Moncada, perdonando á los Colonna y retirando las tropas de Lombardia.

La Liga santa quedó rota; pero Carlos V no estaba en disposicion de pagar á los suyos, que dirigieron sus reclamaciones á Jorge Freundsberg. Este era un comandante del Tirol, que estimulado por el botin que otros capitanes hacian en Italia, reclutó una partida de Alemanes, cuyo número se aumentó en el camino. Se habia presentado, pues, para obtener su parte, jurando por el glorioso saqueo de Florencia, y llevando junto á sí un ronzal de seda y otro de oro, para ahorcar á los cardenales y al último de las papas. Con su crédito y mediante prendas, se proporcionó el dinero necesario para [salariar treinta y cinco compañías de lasquenets; despues se convino con el condestable de Borbon para atacar á Roma, donde el ejemplo de las tropas de Colonna prometia un saqueo productivo y fácil. Aquella turba de diversas lenguas y religiones, sin disciplina, provisiones ni bagajes, sin pensar mas que en el botin, que no respondia á los oficiales mas que *pagadnos*, atravesó la Italia como una nube de langostas. El duque de Urbino podia detenerla; pero prefirió á la gloria de ser libertador de Roma la satisfaccion de vengarse de los Médicis, que en un tiempo le habian despojado del ducado. Descansaba Clemente en un tratado celebrado con Lannoy, que habia ido á defender el reino de Nápoles, y prometido su proteccion al santo padre contra el condestable de Borbon. Cuando el espanto general le arrancó de sus acostumbradas fluctuaciones, quiso reclutar tropas vendiendo capelos de cardenales, lo que se habia negado á hacer hasta entónces, apelando á las ofrendas voluntarias de los ciudadanos, é implorando á los aliados que habia abandonado cobardemente.

Ya era tarde. El condestable acampó en las llanuras próximas á Roma; la ciudad del Catholicismo y de las artes fué atacada por Bárbaros y protestantes. La juventud romana se lanzó á defenderla; pero novicia é inhábil en las armas, contrariada ademas por los Gibelinos, alegres con el triunfo de los imperiales, pronto se pusieron en fuga. Faltándeles á los lasquenets escalas, se ayudaban con sus largas espadas para subir á la muralla; el condestable de Borbon fué de los primeros; pero un golpe mortal le dejó muerto. Ya un ataque de apoplejía habia obligado á Freundsberg á retirarse; y el ejército sin jefes, no teniendo quien reprimese su sed de venganza y de saqueo, se apoderó en dos horas de la ciudad

Freundsberg.
1527.

5 de mayo.

6 de mayo.

Saco de Roma.

Leonina, excepto del castillo de Sant'Ángelo, donde Clemente VII se habia refugiado; los Romanos y los Suizos fueron degollados, y el resto abandonado á la brutalidad de una soldadesca furiosa.

Los saqueos del tiempo de Alarico no ofrecen nada tan horrible como lo que pasó entónces en plena civilizacion, y á nombre del rey católico. Se abrieron por la fuerza los conventos, sacando de ellos á las vírgenes, para ser violadas en medio de las orgías que se verificaban en los altares, convertidos en mesas de banquete; los Alemanes embriagados se cubrieron por mofa con los capelos de los cardenales y los ornamentos eclesiásticos, ejecutaban danzas obscenas, y deshonoraban á las mujeres en presencia de los padres y de los maridos encadenados. Ni siquiera los sepulcros se respetaron, y se arrancó un anillo de oro del dedo de Julio II. Regocijábanse los luteranos con destrozarse las cosas sagradas y destruir la *idolatria* de los cuadros y de las estatuas. Habiendo puesto al cardenal de Araceli en un ataúd, le pasearon por las calles de Roma con exequias burlescas; se embriagaron en su palacio con vinos que bebían en los cálices; despues le enviaron á la grupa del caballo de un Aleman á mendigar su rescate de puerta en puerta. Arrojaron á sus caballos en vez de paja las bulas pontificias; quisieron obligar á un sacerdote á que diese la comunión á un asno; en seguida, reuniéndose en una capilla del Vaticano, vestidos de cardenales é imitando las ceremonias de los cónclaves, degradaron al pontífice, y proclamaron á Lutero en su lugar (1).

Muchos que se habian librado ya del poder de los Alemanes por un precio muy subido, volvian á ser aprehendidos por los Españoles, y sufrían nuevos insultos y torturas, viéndose precisados á pagar nuevas sumas. Por añadidura llegaban los campesinos del cardenal Colonna á renovar la desolacion. Italianos, Españoles y Alemanes parecían rivalizar en hacer daño, no solo á los prelados y al clero, sino tambien á la poblacion inocente. Concluyó Clemente VII por capitular, obligándose á permanecer prisionero hasta el pago completo de 400,000 ducados; á ceder á Parma, Placencia y Módena; á recibir guarniciones imperiales, y en fin, á ir á Nola ó á Nápoles para aguardar allí las órdenes del emperador.

Carlos V no tenia mas culpa en aquellos excesos que la que le cabe á un hombre que arroja sobre el campo un torrente, sin prever

(1) Categoría, sexo, edad, estado, hasta el nombre de Dios fué profanado. Los altares, los templos sacrosantos. Donde se alaba á Dios y espárese incienso, con sangre se regaron y con llantos. ¡Oh pecado inaudito, infando, inmenso! Arrastrados se vieron huesos santos, Y (me horrorizo mas cuanto mas pienso) Por la turba feroz, desatentada, Fué sin piedad, Señor, tu carne hollada.

BERNI, Or. *innam.* XIV. 24.

los estragos que no podrá luego impedir. Quiso, pues, engañar á los demas y á su propia conciencia, con hacer rogativas por la libertad del papa, vestirse de luto y excusarse echando la culpa á los demas príncipes; pero agradándole manifestar al mundo que le era fácil vengarse de todo el que se uniera á la Francia, no disminuía en un escudo el rescate impuesto al pontífice, antes al contrario procuraba atraerle á España, y « la opinion de los mas entendidos era que queria volviere el papado á la sencillez y pobreza antiguas, cuando los papas, sin mezclarse en las cosas temporales, se ocupaban solo en las espirituales. Esta resolucion, en vista de los infinitos abusos y de los espantosos excesos de los pontífices pasados, era muy alabada y deseada por muchos; y ya se decia, hasta por varias personas del pueblo, que no estando bien la tiara y la espada, debía el papa volver á San Juan de Letran á cantar misa. » (VARCHI.)

Indignése la Cristiandad al saber la manera brutal como habia sido tratada la metrópoli del mundo y el jefe de la Iglesia. Francisco I y Enrique VIII celebraron en Amiens una alianza, cuyo objeto era libertar al papa y á los hijos de Francia, asegurar á Esforcia el ducado de Milan y reprimir al monarca austriaco. Carlos V acusó á Francisco de haber faltado á su palabra, declarando que estaba dispuesto á sostenerlo de hombre á hombre; Francisco le desmintió; se cruzaron carteles (1), y hasta se señaló el lugar y el dia en que debian pelear... Si lo hubiesen verificado, pereciendo ambos en el acto, ¡cuánta sangre, cuántas lágrimas hubieran ahorrado á la Europa! pero eludieron el duelo, dejando que las naciones lo ventilasen, y la pobre Italia, asolada ademas por la peste, regalo de sus crueles huéspedes, tuvo que prepararse á nuevas guerras.

Mientras que Andres Doria, habiendo dejado el servicio del pontífice por no pagarle este, se apoderaba de Génova, Lautrec pasó los Alpes á la cabeza de treinta mil Franceses, vengó en Pavía el cautiverio de su rey (2), y se dirigió á Roma á libertar al papa. No atreviéndose los campesinos á llevar provisiones al mercado, el hambre era extremada allí; los generales imperiales no podian, sin nuevas sumas de dinero, arrancar á los soldados de aquellos muros donde se saciaban con la sangre y el oro de los Romanos; y como Clemente, á pesar de anunciar la venta de cinco capelos por 100,000 escudos, y de tomar prestados con un

(1) Varchi, *Storie* lib. V, inserta estos carteles, que son muy curiosos.

(2) El primero que subió al castillo de Pavía fué un soldado de Rávena. En vez de la corona mural pidió que se le prometiese restituir á Rávena la estatua de Antonino Pio, que habia sido llevada á Pavía. Apenas se puso manos á la obra, los de Pavía mostraron mayor desolacion que al verificarse el saqueo de la ciudad, y levantaron tal clamor que Lautrec obtuvo del soldado que desistiese de su peticion, dándole en cambio una masa de oro suficiente para hacer una corona.

rédito enorme otros 200,000 (SEGUR), no podia proporcionarse el rescate que habia prometido, los Alemanes lanzaban terribles clamores, cual si estuviesen dispuestos á asesinarle. Obispos, arzobispos y personajes de consideracion de Roma que habian sido entregados por el papa en rehenes, fueron conducidos tres veces cargados de cadenas al Campo de las Flores, con amenazas de ahorcalos, si no se entregaba pronto el dinero; y no consiguieron evitar el peligro sino embriagando á aquellos furiosos. El mismo Clemente logró fugarse disfrazado; pero debia reconocimiento á los Franceses por la proteccion que le habian concedido; Enrique VIII, en recompensa de los socorros enviados, le pedia declarase el divorcio entre el y Catalina de Aragon; y por otra parte Carlos V le amenazaba con deponerle si accedia á ello. Volvió, pues, á su política habitual, fluctuando, en medio de sus sutiles previsiones, y por guardar consideraciones á todos, convirtió á todos en enemigos (1).

Entretanto Roma continuaba asolada por la peste y los soldados, dos azotes á cual peor. Cuando las mesnadas no tuvieron ya allí que robar, se esparcieron por las cercanías talandolo todo, sucediendo mas de una vez que los campesinos tocasen á rebato y los destrozasen (2). En este tiempo las antiguas facciones

(1) « Maese Juan Gioachimo llegó ayer, y una sola vez ha estado con nuestro señor; hasta aquí se ha cenido á exhortar á S. S. á que se declare, alegando que, ademas de no ser regular queden impunes las ofensas hechas á él y á la Iglesia, á nadie debe inspirar mas recelos la grandeza del emperador en Italia que á S. S.; todo lo cual ha apoyado con muchas razones. S. S. ha respondido, que en el estado en que se encuentra, las tribulaciones de la Cristiandad no pueden terminarse sino quedando arruinado y debilitado; pero que aun cuando S. S. quisiese tomar parte en la guerra, era preciso que las condiciones fueran admisibles, lo que no acontecia á la sazón, pues se exigia que se ligase con tres potencias que habian ofendido y perjudicado gravemente á S. S., á saber, los Venecianos, el duque de Ferrara, que le tienen sus tierras, y los Florentinos, mortales enemigos suyos. Añadió que no veía con qué razones se pensaba persuadirle á unirse á éstos, si antes no se le restituía lo suyo. Todo se ha reducido, de consiguiente, á conferencias sin resultado positivo hasta el presente... »

« Dios y la clara inteligencia de S. S. creo le han guiado hasta ahora, no permitiéndole declararse á favor de una ni otra parte; pero cuanto se ha hecho sería nulo, si en estos momentos, que es cuando el éxito de la guerra me parece mas dudoso, S. S. ejecutase alguna resolucion temeraria. »

« En cuanto á su actual peligro, la neutralidad se presenta como el mejor camino para alejarlo, pues que así no ofende, antes al contrario obra de un modo grato al emperador, y la Inglaterra le aplaudirá por ello; pero debe considerarse que si aquel vence, S. S. queda á discrecion suya, y el resto de Italia sin esperanza de salir jamas de la servidumbre. Por otra parte el Cristianismo no se contenta con la neutralidad; si llega nuestro señor á declararse, pierde con el emperador todo el crédito necesario para poder tratar acerca de la paz, y se pone en manifiesto peligro de causar su ruina y la de la Iglesia, si los Franceses llevan lo peor en esta empresa. Tambien conviene pensar que una vez declarado S. S., los Franceses serán menos solícitos en proveer á las necesidades de la guerra, y teniendo la seguridad de que S. S. no podrá en adelante celebrar pactos ni paces con el emperador, le abrumarán con cargas insostenibles: si cuando se hallaba en toda su integridad y contaba con las fuerzas de Florencia la dejaron arruinar por no prestarle ayuda, mucho mas fácilmente ahora, que le faltan los medios de sostenerse. » *Lett. di Pr. á Pr.*

(2) Ocurriósele alguna vez al papa dejar que los pueblos castigasen á sus asesinos. El que quiera conocer la since-

9 de
diciem-
bre.

se reanimaban, y las venganzas se ejercian con furia entre Orsini y Colonna, siempre para mayor ruina del país (1).

ridad de la época, que lea con atencion la siguiente carta dirigida á Juan de la Staffa. Renzo de Cerrera, un era feroz jefe de bandas, y lo mismo el belicoso Napoleon Orsini, llamado abad de Farfa, porque al principio habia tenido esta abadía:

« El señor Renzo pasa la vida, si bien con algun gasto, en su mayor parte á costa del prójimo; y es evidente que el duque de Urbino no le quiere en su Estado, pues de lo contrario podria ir á Sinigaglia por un camino mas corto que el que siguen. Nuestro señor no está satisfecho de él, y en respuesta á las nuestras de 28 y 29 del pasado, os digo en nombre de S. S. que hagáis entender de nuevo al expresado señor Renzo, que no quiere tener por mas tiempo tal fiebre sobre su país, y la cual es mucho menos soportable que la del señor duque de Urbino; y que por tanto continúe sin demora su viaje, yendo á embarcarse á Sinigaglia, como habia pensado, ó á los puntos vecinos, pues no debe tratar de verificarlo por Ancona, en atencion á que los Anconitanos no le admitirian: aun cuando, no hallando órden para el embarque en Sinigaglia, pensase dirigirse á Rávena, y se le permitiese, no opinándose el papa, los pueblos no lo tolerarian. Al señor Renzo no debe parecerle corta comodidad la que se le ha concedido hasta aquí, con gran perjuicio de los lugares donde ha estado, y hasta con algun cargo de S. S. cerca de los señores imperiales. Rogadle, pues, modestamente que parta sin detencion, y si lo hiciere, no le escapeis los viveres que necesite por su dinero; pero si se obstinase en alimentar á su gente á costa del Estado de S. S. y de la sangre de los pobres pueblos, protestad y declaradle que tenéis encargo de no tolerarle mas tiempo, y que eligiréis otro camino para obligarle á partir, el cual, sin que os lo diga, sabéis cuál es: que no siendo la gente mas de la que es, aunque se hubiese agregado el abad de Farfa, al toque de campana y alojando la rienda á los pueblos, todo quedará remediado, y nuestro señor excusado con Dios y con los hombres, mucho mas que ahora que tolera el destrozo de su país. Vos comprendéis la voluntad de nuestro señor, y sé que no os faltará prudencia para ejecutarla. Viterbo 3 de octubre de 1528. »

« Como hermano, Jacobo Salviati. »

(1) Al conde Baltasar Castiglioni, « No ha sido posible impedir que los señores de la familia Colonna se vengasen del abad de Farfa, porque el señor Julio y el señor Camilo Colonna han quemado y destruido casi mas castillos que el abad Casas, y hasta han ofendido á los demas Ursinos, que no tenian parte en los errores del abad, quemando tambien el Estado del reverendísimo cardenal Ursino y la abadía de Farfa, que es cosa eclesiástica; lo que ha sido causa de que acudiesen frailes á nuestro señor, á los cuales no ha quedado un cáliz, un ornamento, una lámpara que tener encendida en honor de Dios. Esto ha disgustado mucho á nuestro señor, y habiéndose quejado á los señores de Nápoles, ha venido órden de que desistan, pero cuando ya se ha hecho cuanto era posible en perjuicio del país, y sin embargo aun no están depuestas las armas. No me bastaria un cuaderno de carias para referir á vuestra señoría toda la tribulacion de este país; pues así como en un cuerpo despues de una larga enfermedad se siente á menudo alguna desazon, del mismo modo, habiendo quedado el país afligido y débil por efecto de los destrozos del último año, cada dia se experimenta alguna afliccion nueva. Tengo escrito á vuestra señoría narrándole los daños causados por el abad de Farfa en las tierras de los Colonna: últimamente, para probar á todo el mundo que obraban contra la mente de nuestro señor, ha tratado las posesiones de S. S. como las del señor Ascanio; ha saqueado á Tivoli, ha hecho prisioneros y cometido todas las crueldades imaginables; alejándose luego de allí, y yendo á unirse con el señor Renzo por la Marca, se ha portado lo peor que ha podido. En tal virtud S. S. procede á privarle de la abadía y del Estado. Por otra parte el señor Julio y el señor Camilo han quemado no solo los castillos del abad y de los otros Ursinos, sino saqueado tambien á Anagni, llevándose de Tivoli lo poco que el abad ha dejado: el señor Juan Bautista Savello ha ejecutado lo propio en la Sabina, á consecuencia de una disputa empeñada con el reverendísimo Cesarino: le acompañan el señor Cristóbal Savello, el señor Pirro de Castel de Piero, Octaviano Spiriti, y muchos otros de los que, no por servir á su majestad cesárea, sino por escudarse con aquel nombre, quieren ser considerados imperiales. »

« Estos, favorecidos del hambre que reina en todas partes y de la libertad de robar, arrastran en pos de sí un buen número de gentes, y las tierras en que encuentran pueden mirarse

Hacia ocho meses que duraba la devastacion, cuando el príncipe de Orange, que habia tomado el mando de los imperiales restantes, los determinó á salir del territorio pontificio y se encerró en Nápoles. Allí se le unió Lautrec, reforzado por las bandas negras, y despues de avasallar el país con la facilidad comun en aquellos puntos donde el pueblo no se cuida de saber quién es su dueño, cercó la ciudad por tierra, mientras que Andres Doria la atacaba por mar. El almirante genoves, que hacia en el mar lo que los demas en tierra, habia equipado doce galeras á su cuenta, y derrotó la escuadra castellana enviada al socorro de Nápoles, matando al virey Moncada que la mandaba, y cogiendo prisionero al marques del Guasto. Francisco I habia enviado otros refuerzos á las órdenes del conde de Saint-Paul, el cual peleó en Lombardia (1) con diferentes probabilidades, hasta que fué vencido y hecho prisionero por el feroz Antonio de Léryva.

Lautrec se habia detenido tanto tiempo ante los muros de Nápoles, que le faltó dinero y sobrevino la epidemia; así, entre la malignidad del aire, los excesos de los soldados, el mal gobierno y la insalubridad de los alojamientos, pronto los sitiadores se redujeron de veinticinco mil á solo cuatro mil, incluso los jefes y el mismo Lautrec. De esta manera quedó levantado el sitio de Nápoles, y habiendo tomado el mando Miguel Antonio, marques de Saluzzo, se retiró á Ambéres, donde precisado á rendirse, murió de vergüenza. Los restos esparcidos de aquel hermoso ejército conquistador de la Italia perecieron de miseria en las cuadras, y los cadáveres abandonados aumentaron la putrefaccion del aire y con ella la gran mortandad y las imprecaciones contra los extranjeros (2). Las bandas negras que

como arruinadas; segun aconteció dias pasados en Rieti, donde habiendo sido recibidos amistosamente, por ser país gibelino, no bien estuvieron dentro empezaron á saquear la ciudad; pero cuando tenian saqueada ya parte de ella, los Reatinos se repusieron de su asombro, tomaron las armas y los richazaron, matando unos trescientos; con lo cual no han recobrado los bienes perdidos, á no ser los de menos valor. »

(1) « El recordar que de ninguna empresa que haya durado han salido los Franceses victoriosos, me hace temer que suceda lo mismo en esta; y como sé la mucha confianza que tienen en sus asuntos, y cuento con la debilidad de sus enemigos, me parece ver que desde que llegue á su noticia que los lasquettes de los imperiales se vuelven á sus casas, disminuirán sus provisiones, y el buen hombre, monseñor de Saint-Paul, será conducido á Italia y embarcado, como se dice, sin galleta, es decir, que no tendrán cuidado de suministrarle dinero... Pero por amor de Dios, cuando escribáis algo en disfavor de los Franceses, tened cuidado de no escribirlo sin cifra; porque no basta que lo escribáis por dolor de que las cosas no les sean propicias, como yo os escribo; pues acostumbraban tomar todo lo que se dice contra su deseo por el lado peor, y creen que el que así se expresa, lo hace por malignidad y porque desea que sea así, etc. » *Lett. di Pr. á Pr.* III. 27.

(2) En los *Docum. di st. ital.* publicados por Molini, se encuentra una preciosa carta, la ccxci, de Teodoro Trivulzio y Guido Rangoni, escrita en 1529, en la cual indican los medios que convendria adoptarse el rey de Francia para hacer la guerra al emperador. Entre otras cosas dicen: « Es tanto mas necesaria esta vigilancia y este extremado cuidado cuanto que hay que habérselas con enemigos llenos de astucia, perfidia y malicia, los cuales con su duracion ó con su

1528.
29 de
abril.

1529.
21 de
junio.

1528.

15 de
agosto

30 de
agosto.

habían probado que el valor italiano existía aun, se dispersaron entónces: el ilustre mirador Pedro Navarro, que había desempeñado un papel importante en todas estas guerras, cayó prisionero, y Carlos V mandó que fuese decapitado; pero compadeciéndose el gobernador de la fortaleza de aquel anciano guerrero, fué y le degolló con su propia mano.

El príncipe de Orange, nombrado virey de Nápoles, colmaba durante la paz los males causados por la guerra. Imputó á gran número de feudatarios haber favorecido á los Franceses, para enviarlos al suplicio y confiscar sus bienes, é hizo que los naturales pagasen seis meses de sueldo que se adeudaban al ejército saqueador de Roma. Tal fué el principio violento de aquel gobierno absurdo y tiránico, que durante dos siglos redujo á la miseria la mas hermosa parte de la Italia.

Andrés Doria.

La defección de Andrés Doria había sido el último golpe dado á la fortuna de la Francia. El marques del Guasto conoció, mientras le tuvo en sus manos, que estaba picado por el orgullo de los cortesanos franceses, y porque el rey había enviado á otro almirante á Levante, y pensaba trasladar el comercio de Génova á Savona, en cuyo puerto se habían empezado ya los trabajos. Habiendo conseguido el marques insinuarse en su ánimo, le aconsejó sustraer á su patria del yugo de los que acababan de saquearla y vulneraban sus privilegios. Génova parecía estar destinada, en efecto, á ser el objeto de vergonzosos mercados entre España y Francia, y esta última potencia la reservaba solo para deshacerse de ella á un precio ventajoso. Resolvió, pues, Doria arrancarla de las manos de ambas naciones contendientes, y sacrificando tímidas consideraciones de honor á la esperanza de ser el libertador de su patria, envió á Francia á pedir satisfacción de los agravios inferidos á Génova y á su persona. No recibíendola, se dirigió al emperador, quien le presentó condiciones que le agradaron, y en seguida enarboló la bandera imperial y proclamó la libertad de su patria (1). Acontecimiento de suma gravedad para Francia en circunstancias tan urgentes; porque, dice

12 de setiembre.

constancia tienen la paciencia de aguardar la ocasión, y parece que dan por supuesto que los ejércitos de Vuestra Majestad y sus aliados han de consumirse por sí mismos; lo cual, habiéndose visto suceder otras veces, es necesario evitarlo por todos los medios necesarios en la empresa, que se dice está á punto de verificarse... Bueno sería llevar de Francia una cantidad conveniente de gastadores... que con dificultad se encontrará en Italia por haber muerto de hambre, peste, y de otras cosas la mayor parte de los aldeanos.»

(1) « M. Andrés pedía al emperador 60 ducados de sueldo, la libertad de Génova, la extracción de diez mil salmas de trigo de Sicilia, con otras cosas de leve importancia. S. M. no solo le ha concedido lo que solicitaba, sino que ha escrito al señor príncipe diciéndole, que si la guerra termina de un modo favorable para él, asigne al capitán M. Andrés un Estado en el reino, por valor de 8 á 10,000 ducados; entregando además 1,600 al conde Filipino, 700 á M. Cristóbal Pallavicino, persona adicta á M. Andrés, y otros tantos á Erasmo, para que todos queden contentos de haberle servido. » Lett. di Pr. á Pr. 48.

Brantome, el que no es dueño de Génova y del mar, no puede dominar bien la Italia.

De este modo Doria dió el último golpe á la independencia de Italia, entregándola á Carlos V, y convirtiéndose luego en el abrigo y sosten de Felipe II; pero devolvió la libertad á Génova, negándose á aceptar la soberanía que le ofrecía Carlos V, poco partidario de las repúblicas (1).

Entretanto se negociaba por los soberanos una reconciliación necesaria á todos, y el emperador y el papa se pusieron de acuerdo en Barcelona. El pontífice obtuvo mejores condiciones que las que podían esperarse después de una victoria, pues Carlos se comprometió á hacer que los Venecianos le restituyesen á Rávena y Cervia, y el duque de Ferrara á Módena, Reggio y Rubiera. Los Médicis serían restablecidos en Florencia y Esforcia en Milan, si probaban que no habían tomado parte en las tramas de Morone; los herejes quedarían sometidos en Alemania. El papa en recompensaría á Carlos la corona imperial y la investidura del reino de Nápoles con solo el homenaje de la hacanea.

Por otra parte, Margarita, tía de Carlos y Luisa de Saboya, madre de Francisco, concluyeron en Cambray un arreglo (*Paz de las Damas*), por medio del cual renunciaba Francisco á los condados de Artois, Flandes y Charolais, y Carlos V á la Borgoña, que debía concederse en patrimonio al hijo que naciese de Leonor, futura esposa del rey de Francia, que llevaría consigo á los príncipes franceses que habían quedado en rehenes, y cuyo rescate se pagó á peso de oro. Francisco I, que para alcanzar condiciones mas ventajosas había hecho que las potencias italianas verificasen nuevos esfuerzos, las abandonó entónces vergonzosamente á la venganza española, renunciando á todos sus derechos, y no estipulando nada para sus aliados.

(1) Segni (*St. flor.* II) refiere haber oído decir á Luis Alamanni, « que hablando con Andrés acerca del hermoso hecho con que este había salvado la patria, le dijo sonriéndose: « Sin duda, Andrés, vuestra acción ha sido generosa; pero mas generosa y esclarecida sería aun, si no se extendiese al rededor no sé qué sombra, que no la deja brillar por completo. » Luis me aseguró que Andrés, oyendo tales palabras, exhaló un suspiro, permaneció sin moverse, y después, volviéndose hácia él con afable rostro, dijo: « Feliz el hombre que logra ejecutar una acción laudable, aunque sea valiéndose de medios no del todo buenos. Sé que no solamente tú, sino otros muchos pueden echarme en cara, que habiendo apoyado siempre la causa de Francia y alcanzado altos honores por favor del rey Francisco, le haya abandonado en sus mayores apuros, acercándome á un enemigo suyo. Pero si el mundo supiese cuán grande es el amor que he profesado á mi patria, me perdonaría, que no pudiendo salvarla y engrandecerla de otra manera, hubiese escogido un medio no exento de alguna culpa. No trataré de alegar que el rey Francisco, al paso que aceptaba mis servicios, no me cumplía la promesa de restituir la ciudad de Savona á mi patria, porque esto no basta para disculpar al que ha faltado á su antigua fe; pero quizá baste la certeza que yo tenía de que el rey no habría consentido jamás en declarar á Génova libre de su dominación, de un gobernador nombrado por él de la ciudadela. Habiendo obtenido yo todo esto felizmente con apartarme de su fe, puedo probar á cualquiera que mi acción brilla con toda claridad, sin que empañe su luz sombra alguna. »

Andrés.

1529, 29 junio.

Cambray 5 de agosto.

Rey caballeresco, ahora estás en el caso de exclamar: « Nada se ha perdido, menos el honor. »

Margarita había dicho que por volver á ver á uno solo de los hijos del rey, hubiera dado mil Florencias; de consiguiente, esta ciudad que, engañada por las promesas de Francia, se había negado á oír á Doria y á sus mejores políticos, que la aconsejaban unirse al emperador, fué entónces vendida cobardemente, sin que se tuvieran en cuenta sus derechos ni sus quejas.

Habiendo cedido Carlos V á los Portugueses por 400,000 ducados sus derechos á las Molucas, llamó á Barcelona á Andrés Doria prodigiándole honores; y á bordo de su nave capitana marchó con un buen ejército hácia Italia. Esta acogió con alegría las esperanzas de un descanso deseado, cualquiera que fuese; las artes desplegaron á porfía su brillo en las fiestas que se hacían en honor de aquel en cuya suerte estaban decretados sus destinos. En Bolonia se abocó Carlos con el papa, y por espacio de cinco meses estuvieron viviendo bajo el mismo techo y negociando. El emperador quería conservar á Milan, como principal llave de sus posesiones en Italia; pero en atención á que el duque Francisco estaba abiertamente sostenido por los Venecianos y ocultamente por los demas príncipes, Carlos consintió en dejárselo, reservándose verificar su proyecto en tiempos mas tranquilos, lo que ejecutó. Concedió, pues, á Francisco Esforcia el ducado de Milan, excepto Pavía, que dió á Antonio de Léyya, y retuvo como prenda la ciudad de Como con el castillo de Milan, hasta el pago completo de los 900,000 ducados que debían satisfacerle, la mitad en el momento y el resto en el espacio de nueve años. Venecia restituyó al papa las ciudades de Rávena y de Cervia, al emperador las ciudades ocupadas en el litoral napolitano con 300,000 ducados de añadidura, y recíprocamente se cuidó de los emigrados refugiados.

Génova, Luca y Siena permanecieron libres; Federico, señor de Mantua, recibió el título de duque; Carlos III de Saboya, cuñado de Carlos V y tío de Francisco I, había conseguido mantenerse neutral, y se aprovechó sin pérdida de la victoria. Alfonso de Ferrara, después de la muerte de Julio II, había obtenido de Leon X la paz; pero este queriendo proporcionar á los suyos un grande estado, trataba de adquirir á Módena y Ferrara, ya por la fuerza, ya por secretos manejos. La muerte libertó á Alfonso *ab ungue leonis*, como hizo grabar en una medalla, y habiéndole acogido bien el emperador, le adjudicó á Módena y Reggio, y el papa por su parte le concedió la investidura de Ferrara mediante 100,000 ducados.

Coronación de Carlos V. 1530. 22 de febrero y 24 de marzo.

Carlos, fuese por no perder el tiempo, ó por la vergüenza de ver á Milan y á Roma asesinadas de aquel modo, recibió en la misma Bolonia la corona de hierro y la de oro. Fué el último emperador germánico que los papas

coronaron: en efecto, desde que la dominación pertenecía á la espada, ¿qué significaba una coronación hecha por el representante de la Italia? Rivalizaron en lucirse la pintura, la poesía, los teatros en aquella régia ceremonia, en una época de tanta esplendidez (1). Los Italianos, cansados y desanimados, se dedicaron á adular á Carlos V, repitiendo que nunca se habían podido figurar tan afable y cortés al autor de tan horribles desastres.

En medio de aquel jubileo se estaba consumando el envilecimiento de Italia, que había empezado con las discordias y concluido con la buena armonía de los poderosos. Ya no existía equilibrio entre sus Estados pequeños, sometidos al emperador ó debilitados. El papa, asustado con los progresos de la reforma, alargó la mano á aquel imperio que sus predecesores habían hecho temblar tantas veces, y mientras que la oposición regularizada del papado había formado en otro tiempo su gloria y grandeza, cambió entónces de divisa y se colocó en el partido de los Gibelinos, conducta que decidió el destino futuro de la Italia. Si hasta allí había tenido esta que sufrir los estragos de la peste y de la guerra, males pasajeros que no destruyen los gérmenes de la prosperidad pública, vió entónces establecerse en su territorio una administración absurda, principios disolventes, opresión sistemática del pensamiento, del ingenio y de la industria.

CAPÍTULO VII

Restablecimiento de los Médicis. — Tercera guerra entre Carlos y Francisco. — Últimos esfuerzos de la independencia italiana.

De la independencia italiana solo quedaba Florencia, única ciudad que no había sido comprendida en la paz general. Después de la muerte de Lorenzo II de Médicis, último descendiente de Cosme, padre de la patria, los Florentinos habían solicitado de Leon X les devolviese la libertad; pero el papa envió allí al cardenal Julio, bastardo de su casa, que prometió no abrogarse la provision de los empleos, ni ninguna otra prerogativa señorial. En efecto, se atrajo la estimación general, y los mismos que deseaban la libertad de su patria no le odiaban; pero los partidarios de los Médicis prevalecían y tiranizaban á los demas ciudadanos, y nadie obtenía un empleo si no era favorecido por ellos. Clemente VII envió después á Florencia á otros dos bastardos, Hipólito, hijo de Julian, tercer hijo de Lorenzo el Magnífico, y Alejandro, á quien Lorenzo, duque de Urbino, tuvo de una esclava.

Después de haber perdido toda importancia como Estado, se vió Florencia envuelta en la

(1) GAETANO GIORDANI, *Della venuta e dimora in Bologna di Clemente VII per la coronazione di Carlo V*, crónica con documentos y grabados, etc. Bolonia, 1842. Llevaba el duque de Saboya un vestido que valía trescientos mil escudos. *Monum. hist. patrie*, script., I, 861.

1519. 26 de abril.